

BIBLIOGRAFICAS

TALLER CRITICO:

por: R. J. Lovera De-Sola (*)

LOS PAPELES DE SALVADOR DE LA PLAZA

Una importante publicación, la cual constituye una singular pieza documental para la comprensión de los avatares de la vida política venezolana durante el siglo XX es la que contiene los papeles de Salvador de la Plaza, uno de los fundadores de una de las tendencias de nuestra política contemporánea, la izquierda marxista.

Tales piezas -lo escrito por él fuera de sus libros, aquellos documentos y correspondencias por él recibida- lo conservó cuidadosamente aquel militante, a quien uno de sus adversarios, Rafael Caldera, llamó "connotado apóstol del marxismo".⁽¹⁾ Al producirse su deceso en Caracas, el 29 de junio de 1970, pasaron a manos de su discípulo el economista Héctor Malavé Mata, quien los cuidó con especial celo. Gracias a él la historiadora Irene Rodríguez Gallad⁽²⁾ pudo preparar la edición de tan importantes hojas. Surgió así *El archivo de Salvador de la Plaza*. (Estudio Preliminar: Arturo Sosa Abascal. Caracas, Ed. Centauro /FUNRES, 1992. 2 Vols.).

Sobre el conjunto de los pliegos de Salvador de la Plaza López, quien nació en Caracas el 1º de enero de 1896, señala el jesuita Sosa Abascal en el prólogo: "Cuando nos encontramos delante de un archivo nos sentimos en el umbral de la intimidad de esa persona. Si se trata de alguien que ha tenido alguna vinculación con los procesos históricos la posibilidad de abrir sus archivos se convierte en una nueva oportunidad de comprender más a fondo a esos procesos. Salvador de la Plaza representa uno de los hilos que han ido tejiendo la historia venezolana del siglo XX. Su Archivo y su obra representan otra manera de interpretar el devenir contemporáneo de Venezuela" (t. I. p. 7).

Entre los compañeros de Salvador de la Plaza siempre se supo el valor de las páginas guardadas por él y se conoció la forma cómo por sobre los avatares de una vida de activismo logró preservarlas. Por ejemplo su acompañante de mil lides, Gustavo Machado Morales (1898- 1983), le escribió un día (enero 14, 1965) "He pensado que podrías prestarme una ayuda muy valiosa a través de tu voluminoso y bien conservado archivo y también con recuerdos de sucesos y nombres de personas" (t. II, p. 215). Ello lo hacía para documentarse para un trabajo sobre las luchas pasadas llevadas a cabo al

(*) Director de Publicaciones del Consejo Nacional de la Cultura (CONAC)

(1) Rafael Caldera: *Moldes para la fragua*. Caracas: Ed. Dimensiones, 1980, p. 40.

(2) Irene Rodríguez Gallad había ordenado antes, junto a Cruz Vargas, el *Censo biblio-hemerográfico de Salvador de la Plaza*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 1973. 187 p.

alimón. Pese a ello de la Plaza respondió a su amigo (enero 26, 1965) sobre su repositorio: “con mucho gusto te facilitaré las piezas que requieras del archivo, el que por desgracia no es ni tan voluminoso ni tan conservado como piensas, pues el comején y la humedad dieron cuenta de buena parte de él durante el tiempo en que para salvarlo de las pezuñas perezjimenistas hubo que enconcharlo en condiciones desfavorables”. (t. II, p. 219). Pese a ello una muy buena parte sobrevivió y gracias a las piezas que hemos tenido ahora a la vista una parcela muy interesante de actos y hechos puede ser examinada por el lector actual. A través de los folios del viejo de la Plaza -como cariñosamente lo llamaban aquellos que lo querían- podemos observar una serie de tópicos de interés.

Por sus fojas nos enteramos que fue el 20 de febrero de 1914, a poco de haber cumplido lo dieciocho años, cuando inició su actividad política. Fue como miembro de la “Asociación General de Estudiantes de Venezuela”. Ese día sus miembros protestaron por su cierre, en plena tiranía gomecista (t. I, p. 63 y 64). En tal protesta se leía: “Podeis clausurar por la fuerza el local de nuestra asociación, podeis arriar nuestra bandera; pero nuestra Asociación vivirá siempre como una fuerza moral, como un vínculo de intelecto y de conciencia, como una valla a la barbarie” (t. I, p. 63). Como es lógico, como consecuencia de esta protesta, debió pasar a la clandestinidad.

En 1919 se preparó una vasta conspiración para derrocar al tirano. Esta se malogró el 19 de enero de aquel año, “por la traición de Piñero” (t. II, p. 220) como indica de la Plaza. El participó en ella. En su propia casa se llevó a cabo la primera reunión entre el cabecilla militar de la misma, el Capitán Luis Rafael Pimentel (1891-1959) y el estadígrafo Pedro Manuel Ruiz (c1870-1921) del ala civil. Al adelantarse la revuelta de la Plaza fue hecho preso (mayo 23, 1919). Dos años más tarde se le obligó a salir al exilio (abril 22, 1921). Fue por ello que su graduación de abogado tuvo lugar en París en 1923 (t. II, p. 221).

Hay por ello, como es lógico, en la obra que examinamos, diversos papeles en torno a la conspiración del año diecinueve. Están en ellos consignados datos muy precisos (t. I, p. 67-69; t. II, p. 220-221).

Al exilio de este luchador corresponde la mayoría de las carrillas que se pueden leer en esta obra. Una primera serie la constituyen la polémica entre los hombres de pensamiento, dentro de los cuales de la Plaza siempre se encontró en lugar de vanguardia, con los caudillos o sus corifeos. Leídos estos textos comprobamos como aquél no fue otra cosa que un diálogo de sordos.

Era evidente que los caudillos no podían entenderse entre ellos. Tales las diatribas de Emilio Arévalo Cedeño (1882-1965) contra Rafael de Nogales Méndez (1879-1937) que aquí se leen (t. I, p. 132). Pero si no había entendimiento entre estos revoltosos menos podía haberla entre ellos y quienes representaban un articulado pensamiento político (t. I, p. 154); a otros, entre los testimonios que más nos han llamado la atención, la conducta caudillista llevó a gente que luchaba contra Gómez a la cárcel. Tal es el caso de J. A. Silva Márquez (t. I, pp.164-165). Todo esto llevó al “Partido Revolucionario Venezolano”, nuestra primera agrupación marxista, fundada (1926) por Carlos León, de la Plaza (1868-1942) y los hermanos Machado, Gustavo y Eduardo, en el exilio, a expul-

sar de sus filas al General Arévalo Cedeño (t. I, p. 180) Igual de vacía fue la polémica que nuestros revolucionarios tuvieron con Nicolás Hernández, uno de los hijos del Mocho Hernández (1853-1921) exiliado en La Habana (t. I, p. 109), la cual podemos también leer en este libro. Este anti diálogo explica en parte la permanencia de Gómez en el poder. Sus adversarios nunca se pudieron poner de acuerdo para derrocarlo.

En las páginas de esta obra a veces nos topamos con hecho que van más allá de la actividad política. Tal los rasgos psicológicos del exiliado. En una de sus páginas (agosto 5, 1925) José Rafael Pocaterra (1889-1955) le dice a de la Plaza: “todo se confabula para hacer más sola mi soledad... hay que hacer de tripas corazón; hay que contemplar el destierro con larga vista; hay que resignarse a morir, tal vez, en la tierra extraña y dura” (t. I, p. 87); en otra (marzo 11, 1928) Gustavo Machado anota “temo mucho que mi familia haya sufrido algo durante los últimos acontecimientos de Caracas (1928) y quizá sea difícil ponernos en comunicación para el envío de ayuda” (t. I, p. 197). Tal las cuitas de los proscritos.

Pero en estos documentos están las bases del ideario que de la Plaza sostuvo siempre. Desde muy temprano se dio cuenta que el problema de su generación no era tumbar a Gómez. Había que tener en cuenta “la existencia del problema social en Venezuela” (t. I, p. 110). En otro lugar escribe “creo que hace tiempo hemos debido empezar a hacer propaganda en favor de la moral pública de los venezolanos y muy principalmente, en favor del conocimiento de nuestros verdaderos problemas y la manera de solucionarlos” (t. I, p. 113). De allí que para él se impusiera el análisis marxista de nuestra realidad. Esto lo expuso en un artículo suyo sobre la influencia norteamericana en Venezuela (t. I, p. 136-140). Por ello pidió analizar las causas de cuanto acaecía en nuestro país, de allí su insistencia en la necesidad de “considerar la realidad y en consecuencia trazarnos una táctica” (t. I, p. 249), todo ello hecho “como datos estadísticos y documentación precisa y no imaginativa” (t. I, p. 251). Ello lo llevó a otras consideraciones. Tal su preocupación por las informaciones que le llegaron sobre el intento de separación del Zulia de Venezuela (t. I, p. 190 y 192), su oposición al golpismo, cosa que siempre fue convicción suya, de la cual platicamos en nuestras conversaciones de fines de los años sesenta, cuando todavía nosotros éramos muy jóvenes y él iluminó, en casa de su entrañable Carmen Clemente Travieso, la comprensión de nuestra realidad. Bajo Gómez se opuso al golpismo, a las todas formas de “putchismo” (t. I, p. 248). Igual lo hizo dentro de la Venezuela democrática cuando se utilizó la misma arma para acabar con la democracia, cosa que no se logró. Recordamos vivamente sus opiniones de entonces sobre estos puntos, certezas que hemos visto aparecer otra vez en esta obra. Igual fue su oposición al caudillismo (t. II, p. 47). De allí su insistencia, reiterada otra vez en 1965 y 1966, casi medio siglo después de haber sido expuestas en los memoriales de su exilio gomecista, en torno a la necesidad de estudiar la realidad para poder así conocer con certeza las características del subdesarrollo (t. II, p. 229 y 238).

Hay entre los infolios de Salvador de la Plaza que ahora se han impreso muchas noticias que nos interesan. Tales las relativas al viaje de Gustavo Machado para encontrarse con Augusto César Sandino (1893-1934). Fue durante los días de la lucha del patriota nicaragüense, en los momentos en los que Machado actuaba dentro del comité “Manos fuera de Nicaragua”. Podemos seguir aquí los testimonios del recorrido que

hizo Machado desde México a través de Honduras, El Salvador y Nicaragua para encontrarse con el dirigente. Esto lo logró realizar el 12 de abril de 1928, en el campamento de los revolucionarios en Las Segovias (t. I, p. 223). Sobre Sandino dijo el venezolano que era en aquel momento “un símbolo, es un ídolo mundial” (t. I, p. 220), tal la lucha que en resguardo de la soberanía de su patria encabezaba. Lograría triunfar en 1933. Luego a través del General Anastasio Somoza (1896-1956), quien sería por largos años dictador de su patria (1937-1956), fue asesinado. Machado, de la Plaza y muchos otros dieron constante apoyo, desde México, a la causa sandinista.

Muchos otros datos aparecen dentro de estos documentos sobre otros tópicos, casi todos, al menos los más significativos, tienen que ver con las luchas anti-gomecistas. Tal una carta de Rómulo Betancourt (1908-1981) en la cual da detalles sobre su salida clandestina del país el año veintiocho (t. I, p. 237); en otra (julio 2, 1928) de Alberto Adriani (1898-1936) dirigida a (¿Gonzalo?) Carnevali se lee, el mismo año veintiocho, “creo que en vez de dedicar el periódico a la crítica, deberían hacer un esfuerzo para consagrarlo a una prédica constructiva y a un comentario inteligente de los sucesos de Venezuela. Estoy seguro de que Ud. piensa, como yo, que los insultos y la crítica violenta no conquistan partidarios entre la gente sensata y más o menos desinteresada en política. Y esas son las personas que importa conquistar... De mucha más trascendencia que la propaganda de periódicos es la creación de un partido, la organización de un equipo, que pueda ser el esqueleto de una organización política en el futuro... Si existiera un grupo organizado, con un programa que respondiera a las necesidades y aspiraciones del país, todos estos sucesores posibles (de Gómez) tendrían que retirarse o los apartaría el país” (t. I, p. 240). Así pensaban los que se estaban preparando para el trabajo futuro, así hubieran colaborado en la estructura burocrática del gomecismo (1921-27), como fue el caso de Adriani.

Hay aquí noticias sobre los periódicos clandestinos que circulaban en la Caracas gomezolana (t. II, p. 72); opiniones suyas sobre la forma de liquidar al gomecismo, expuestas ya muerto el tirano (marzo 20, 1936), tras los acontecimientos del 14 de febrero de aquel año, ya bajo el dominio de López Contreras (t. II, p. 96-103), quien a poco envió a de la Plaza otra vez al exilio (1937-43); las opiniones de la agrupación en la cual militaba tras el derrocamiento de Medina (t. II, p. 121 y 126); su oposición al magnicidio de 1950 y el terrorismo como táctica de lucha (t. II, p. 130, 132, 240); sus ideas expresadas, años más tarde, tras un tercer exilio (1954-58) a la cual lo mandó la última de nuestras dictaduras, sobre asuntos a los cuales dedicó tanto tiempo –desde la militancia, la cátedra universitaria, el libro o la columna de prensa– como la reforma agraria, el antiimperialismo o la revolución cubana.

Tal algunos de los rasgos de este venezolano sobresaliente que hemos podido extraer de la lectura de las planas que sobre su acción y pensamiento conservó, a lo largo de su digno y austero vivir, aquel hombre que al final de su vida se sintió feliz de la constancia con la cual había asumido su compromiso vital. Por ello dijo, cuatro años antes de su deceso, “No haber flaqueado es mi mayor satisfacción” (t. II, p. 250).

Valle de Choroní

Octubre 17, 1992